

No les echen tierra

Emiliano Monge

Dos hombres dialogan encerrados en un extraño calabozo. Para entender quiénes son, por qué están ahí, asediados por los insectos, es preciso contemplar, como ellos, a través de un hoyo en la pared, los horrores de un país en guerra contra sí mismo.

I

¿De dónde salen?, pregunta Seistrece observando los insectos que caminan por sus brazos. Son las lluvias, asevera Ochocerocuatro quitándose la gorra y limpiándose la frente: fuiste tú, además, quien me explicaste.

II

¿Pondrán huevos?, inquiera Ochocerocuatro, pasado un largo rato. ¿Cómo van a poner huevos?, responde Seistrece sonriendo: son como el nuevo, muerden porque pueden.

¿Cómo?, cuestiona Ochocerocuatro. Nos encierra porque puede, asevera Seistrece dejando de reírse: pero no pienso rogarle. Yo tampoco, murmura Ochocerocuatro, arrancándose un mayate de la panza: no hemos hecho nada malo.

Exactamente, nada más lo que pedían, cada vez que nos pedían, suelta Seistrece volteando hacia su viejo compañero, que introduce el pequeño escarabajo entre sus labios y asevera: a obedecer nadie nos gana.

III

Ven aquí a ayudarme, ordena Seistrece avanzando hacia el muro al que desea, de repente, encaramarse. Lo único que logra, sin embargo, es que Ochocerocuatro deje de espulgarse y diga: te lo apuesto que me puso aquí sus huevos.

Tú y los huevos, deja ya ese pinche aferre, ordena Seistrece saltando: te lo estoy diciendo en serio: párate que quiero que me ayudes. ¿Para qué chingados vamos a asomarnos? Ya sabemos qué hay afuera, reclama Ochocerocuatro escupiendo al mayate que aún estaba masticando y observando el hoyo que su viejo compañero está anhelando suma: me da miedo que sus huevos hagan larva. Eso está además muy alto.

En ti no crecerían ni los gusanos asevera Seistrece dejando de saltar y limpiándose el sudor de la frente con la espalda de una mano. Luego, dándose la vuelta, avanza un par de pasos, clava su mirada entre los ojos de su viejo compañero y suma: además no lo sabemos, pinche idiota, ¿qué si el nuevo también quiso cambiar todo allá afuera?



IV

No lo creo, indica Ochocerocuatro de repente, fragmentando el silencio en el que estaban y ofreciéndole a Seistrece el escalón que hacen sus manos: *ni que no pueda crecerme a mí un gusano ni tampoco que haya él ordenado cambiar todo*.

No me importa, ni una cosa ni la otra, murmura Seistrece alargando el cuerpo cuanto puede y estirando aún más los dedos lanza: *pero empuja, que para eso estás abajo. ¿O sí lo creo? ¿Crees que estamos tú y yo aquí por eso? ¿Porque él quiere que todo sea otra cosa?*, pregunta Ochocerocuatro, levantando cuanto puede el escalón que son sus manos.

Exactamente, responde Seistrece guardando el equilibrio y preparándose a saltar añade: *quiere enterrar todo lo de antes. Y nos tocó ser sus chivitos. Sus chivitos y una mierda*, asevera Ochocerocuatro, deshaciendo, sin apenas darse cuenta, el escalón que eran sus manos y cayendo luego al suelo, aplastado por su viejo compañero.

V

¿Qué si nos está él nomás probando?, inquiera Ochocerocuatro y acercándose al muro complementa: *ahora me toca a mí intentarlo. Como quieras. Pero eso otro yo ya lo pensé y te lo aseguro que no es cierto*, dice y después también responde Seistrece ofreciendo, al mismo tiempo, sus dos manos al que acaba de cambiar sus dos lugares: *aunque a él seguro le dijeron, me dije, no debió él de creerles*.

Por eso igual pensé después que no tendría que hacer tanto, que bastaba con habernos preguntado, continúa

Seistrece al tiempo que alza cuanto puede a Ochocerocuatro, quien intenta encaramarse a la grieta que termina donde el hoyo y quien murmura, en voz bajita: *otro tantito, nada más otro tantito y vas a ver cómo la alcanzo*.

Justo entonces, sin embargo, una araña amarra su hilo al techo, se deja caer después hacia el vacío y finalmente, tras columpiarse un breve instante, atina a meterse en el oído de Seistrece, que en un segundo grita, se sacude y cae al suelo, también él aplastado por su viejo compañero.

VI

No tienes nada, asevera Ochocerocuatro: *ni una araña ni una mierda. ¿Estás seguro? Tan seguro como estoy de que nomás se te metió la pura envidia, el coraje de que estaba casi a punto, de que iba a alcanzarlo y a asomarme*.

Por eso, otra vez me toca, añade Ochocerocuatro levantándose del suelo y levantando luego a su viejo compañero, quien además de aceptar la imposición que acaban de anunciarle vuelve al tema que dejaron hace apenas un momento: *somos los únicos que saben, nomás tenía que preguntarnos si quería en serio enterarse, si quería en serio saber él de las minas*.

Por eso creo que lo que quiere es no enterarse, por eso digo que no quiere pues probarnos, que lo que quiere más bien es desconocernos, insiste Seistrece alzando nuevamente a Ochocerocuatro, quien ahora brinca, se aferra a la grieta, tira de ésta haciendo un gran esfuerzo, alcanza el hoyo y es así que asoma la mirada: *hijos de puta... ahora resulta*.



VII

¿Qué chingados estás viendo?, pregunta Seistrece a Ochocerocuatro nuevamente y echándose un pasito para atrás agrega, por tercera o cuarta vez: *¿qué es lo que resulta... qué chingados está pasando?*

Es en serio. O me dices qué estás viendo o vas a ver cómo te bajo, amenaza Seistrece a su viejo compañero, que hipnotizado sigue contemplando, a través del hoyo en la pared, lo que sucede afuera de su encierro. Entonces, como no consigue nada más que otro pedazo de silencio, Seistrece avanza hasta Ochocerocuatro y agarrándole las piernas amenaza con tirarlo.

Ya está bueno... ya está bueno, suelta Ochocerocuatro: *deja de jalar y te lo cuento.* Luego, apurando las palabras que emergen de su boca, el que está asomado al hoyo lanza: *ni parece el mismo sitio. Ya movieron casi todo. Y andan todos como locos. Estoy viendo a Docenueve y a Tredieciocho, les tocó a ellos en la torre.*

Y allá están Unoveintiuno, Quincesiete y Treintatrece. Ellos andan que no paran, continúa Ochocerocuatro: *¿no decías que ellos iban a ayudarnos? Pues te digo que no creo que ni siquiera nos recuerden. ¡Hijos de puta!,* grita Seistrece apretando, además de la quijada, las dos manos. *De sus putas perras madres,* reitera Ochocerocuatro.

VIII

Y los camiones los lavaron todos y cada uno, continúa Ochocerocuatro con el parte de las cosas que empe-

zó de nuevo a hacerle a Seistrece apenas se calmaron: *la pluma del retén parece otra, para mí que la cambiaron, igual que los costales.*

Y las tanquetas, ya no están bajo las ceibas, se explica Ochocerocuatro: *se las llevaron al establo. De donde están ahora sacando a los caballos, los arrearán Cincuentacinco y Ochoquinque. Además están de nuevo trabajando allí en los hornos.*

¿Cómo que en los hornos?, pregunta Seistrece abrigando un calambre repentino en sus entrañas: es como si hubiera allí alcanzado a meterse algún mayate.

Pues así como me escuchas, responde Ochocerocuatro, abrigando, él también, la punzada de su viejo compañero: *me da a mí... es más... te apuesto a que el cabrón querrá usarlos a huevo.*

Si hace eso... si lo hace... no será esto sólo encierro, advierte Seistrece dejándose caer sobre el cemento: *¿pero por qué?,* insiste luego, incapaz de adivinar si lo que ha dicho ha salido de su boca o se ha quedado en su cabeza.

IX

La respuesta de Ochocerocuatro, que se tarda en llegar varios minutos, sorprende a Seistrece rascándose los brazos. Es así como descubre que había hablado en voz alta: *querrás decir que para qué... que para qué servimos tú y yo y nuestras minas si él decide usar los hornos.*

Si el nuevo jefe elige darles fuego, si no quiere nunca más usar, está añadiendo Ochocerocuatro cuando, de repente, su lengua se detiene, sus pulmones hacen una pausa y sus latidos se aceleran: el calambre que lo

había antes abrigado se convierte en fuerte espasmo cuando observa en la distancia al nuevo jefe.

X

Era él, estoy seguro, insiste Ochocerocuatro: *iba empujando a ese pequeño, que ya es más bien un muchacho. ¿Y cómo sabes que era el mismo?, ¿cómo si lo habías visto de niño?*, inquiera Seistrece nervioso.

No lo sé, no estoy seguro, responde Ochocerocuatro: *pero sé que eran ellos dos los mismos. Igual que sé que traigo aquí un chingo de larvas*, añade rascándose la panza, arrancándose una costra y llevándola después hasta sus labios.

XI

Putá mierda, reclama Seistrece pasados un par de minutos: *puta mierda y qué pinche asco*, añade viendo a Ochocerocuatro, quien sigue todavía llevándose a la boca los pedazos de costra, piel e insecto que cosecha de su panza, de sus piernas, de sus brazos.

Putá mierda y qué pinche asco, repite Seistrece golpeando con la nuca los ladrillos de su encierro, removiendo con las manos los desechos sobre el suelo y permitiendo que su hablar se ramifique: *si el cabrón dio con nosotros no nos queda casi nada, no nos queda más bien más que lo que él quiera que nos quede. ¡Deja de una vez de comerte ya esas madres!*

XII

¿Te acuerdas de ese día?, pregunta Seistrece de pronto, ahuyentando, con la mano, a los mosquitos que hace apenas un instante despertaron y, con el ruido de sus labios, al silencio que otra vez venía reinando.

Por supuesto que me acuerdo, responde Ochocerocuatro, volviendo el rostro hacia su viejo compañero, que al saberse visto fuerza una sonrisa y lanza: *¿quién diría que acabaría así el sorteo? Que se hartaría el chamaco ese de sacar las puras blancas. Y los nombres que nomás iban pasando*, completa Ochocerocuatro, forzando él también una sonrisa.

El auditorio entero odió al niño, asevera Ochocerocuatro, olvidando que había antes forzado la sonrisa y riendo añade: *por lo menos los que ya nomás veíamos que quedaban puras negras. Pero al final, igual que siempre, sólo nosotros fuimos el coraje, sólo nosotros fuimos nuestros odios*, interrumpe Seistrece a su amigo: *sólo nosotros fuimos a esperarlos, a sorprenderlos luego allá en*

la calle, remata al tiempo que los goznes de la puerta crujen y su encierro se vuelve otro.

XIII

Traigan de una vez aquí a mi nieto, ordena Cerodiecinueve entrando al cuarto al mismo tiempo que el calor deja el espacio. Luego, tras un instante que podría haber durado una era entera, Cerodiecinueve empuña los manubrios de la silla de su nieto y les pregunta, a Seistrece y a Ochocerocuatro: *¿lo recuerdan, me recuerdan, nos recuerdan?*

¿Qué no oyeron que les dije si recuerdan? He envejecido pero sigo siendo el mismo. Él era apenas un pequeño. Y es verdad que ha crecido pero no ha cambiado tanto, asevera Cerodiecinueve haciéndole a su nieto una caricia en la cabeza y avanzando luego un par de metros golpea a Ochocerocuatro y a Seistrece con los pies de su muchacho: *tampoco ha vuelto a levantarse, aunque ya ven que patea.*

XIV

Mientras el grupo atraviesa la Escuela General de Operaciones Región Sexta, el sol de la tarde castiga a Ochocerocuatro, a Seistrece, a Oncesiete, a Dosdoce, a Cuatrodieciséis —estos tres últimos soldados no habían sido aquí antes vistos—, a Cerodiecinueve y al muchacho que, desparramado en su silla, intenta en vano comprender al mundo y sus destellos.

Cuando el grupo al fin accede hasta la zona de las minas que otros hombres llaman agujeros y otros más conocen como fosas, Cerodiecinueve encara a Seistrece y a Ochocerocuatro nuevamente: *¿en serio se creyeron que no iba a dedicarme sólo a esto? ¿Que no iba a entregar mi vida entera?*, pregunta colocando su pistola entre las manos de su nieto, estas manos medio muertas que ahora están entre las suyas.

XV

No les echen tierra, ordena el nuevo jefe a Oncesiete, Dosdoce y Cuatrodieciséis, estos tres soldados que ya habían levantado cada uno su pala y que ahora, en silencio, vuelven a dejarlas sobre el suelo.

Que no les eche nadie nada, repite Cerodiecinueve dándose la vuelta y acercándose a su nieto, el nuevo jefe añade, en voz bajita y pegándole sus labios a este oído que no saben si aún funciona: *te lo dije, te prometí esto desde entonces: van a comérselos las larvas.* **U**

